

Rosmery Cernadas  
Batista

*El tópico de la locura  
en tres obras iniciales  
de José Soler Puig*

¿Quién es ese novelista que de tal manera convoca el entusiasmo de los santiagueros y sin embargo es solo medianamente conocido en el resto del país, y virtualmente ignorado en América Latina?

MARIO BENEDETTI<sup>1</sup>

José Soler Puig, santiaguero por excelencia, es el autor de obras de reconocidísima relevancia,<sup>2</sup> donde ubica —y en ocasiones traspasa— el contexto de la ciudad que le acogió durante toda su vida y a la que dedicó además cada una de sus narraciones: su querida Santiago. Con magia en la pluma, el autor se metamorfosea en otro personaje más de sus cuentos y novelas: «Yo digo que el escritor tiene que ser fundamentalmente un buen actor, [...] su función de creador le obliga a apoderarse de esos personajes, por lo menos a mí me sucede. Yo no soy yo, sino algunos personajes en mis obras».

Desde los primeros años de juventud, se inclinó por el mundo de las letras, universo que lo llevaría al más alto peldaño. Su primer instinto como escritor lo orientó a superarse en los estilos. Y siendo una de las figuras emblemáticas de la literatura cubana, expresaba en una entrevista: «En los cursos elementales los

<sup>1</sup> Mario Benedetti: «La hazaña de un provinciano», en *Santiago* (28): 55, diciembre, 1977.

<sup>2</sup> Algunas obras reconocidas son: *Bertillón 166*, *El derrumbe*, *El pan dormido*, *El caserón* y *Un mundo de cosas*, entre otras.

alumnos trabajaban con un florilegio de trozos clásicos españoles [...] También los profesores mandaban a copiar en castigo pasajes del florilegio. Tal vez esto despertó mi gusto por los clásicos españoles».<sup>3</sup> Pero su carrera como escritor se produjo en los albores de la Revolución, apenas transcurrido un año del triunfo definitivo. Su primera novela, *Bertillón 166*, resultó el primer Premio Casa de las Américas. A esta ejemplar obra centrada en la lucha clandestina le sucedieron *En el año de enero* (1963), *El derrumbe* (1964), y *El pan dormido* (1975).

La importancia reconocida a su creación desde esos primeros momentos radicaba en la percepción temática, por su mirada hacia las grandes epopeyas vividas por el pueblo cubano y los problemas de las clases como trasfondo de sus novelas. No obstante, también es acertado señalar su magnificencia estilística y el atinado uso de las técnicas narrativas. Soler siempre manejó con seguridad y destreza las descripciones de escenarios, la construcción de sus personajes, el lenguaje y los elementos del cronotopo literario. Indagó en la búsqueda de la identidad; así como en los conflictos éticos y la obligada relación del individuo y la sociedad en que el mismo habita.

Entre los tópicos recurrentes en la obra de Soler se encuentra la locura. Desde sus novelas iniciales es visible la demencia más exasperante en algunos de sus personajes, que, si bien no funcionan como personajes protagónicos, sí aportan «a la novela un vago soplo de perturbadora poesía» formando «una creación notable».<sup>4</sup>

Así sucede con la «vieja pequeña y menuda»<sup>5</sup> de «melena plateada»<sup>6</sup> que irrumpe en una de las escenas de *Bertillón 166*, cuando Sofía sale en busca de su esposo: «Usted también va a decir que yo estoy loca. Todo el mundo lo dice [...] Yo llevo ciento veintiún días buscando a Bebo. Bebo tiene cuarenta y dos años, vende pan y es mi hijo ¿sabe? Un hijo de cuarenta y dos años y ciento veintiún días».<sup>7</sup> Este personaje sin nombre, y del

<sup>3</sup> Carlos Tamayo: «De una conversación bien extensa con José Soler Puig», en *Santiago* (54): abril-junio, 1984.

<sup>4</sup> Ricardo Repilado: «La obra novelística de José Soler Puig», en *Cosecha de dos parcelas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, pp. 202-257.

<sup>5</sup> José Soler Puig: *Bertillón 166*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2010, p. 106.

<sup>6</sup> Ídem.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 107.

cual solo es conocido a grandes rasgos su conflicto, nos remite a pensar en una locura propiciada por un mundo de violencia, miseria y desesperación. La pobre señora «de melena plateada» agoniza en la irreductible búsqueda de su hijo. Refleja así un aspecto terrible de la vida en Santiago de Cuba entre 1957 y 1959, el ambiente de temor e inseguridad creado durante los años de lucha contra Batista. Encontramos aquí la tragedia de una madre desesperada, que persiste en su obsesión aún después de casi cinco meses de búsqueda: «Todo puede pasar. Bebo ha de aparecer un día en cualquier parte». Este personaje soleriano, «ofrece una dimensión extraordinaria del conflicto al que se enfrenta el otro personaje».<sup>8</sup>

Es notorio el énfasis realizado por Soler con respecto a la desesperación y el reflejo nervioso-compulsivo de esta señora, incluso desde el lenguaje con la excesiva necesidad de afirmación cuando le pregunta a Sofía: «es mi hijo ¿sabe?» o cuando dice: «no lo olvide **¡lo va a olvidar!**»<sup>9</sup>

A pesar de ser esta la única intervención del personaje en la trama de la novela, este pasaje posee gran fuerza simbólica, al abarcar desde el interior del individuo todo el sentimiento de frustración, miseria y desesperación ante uno de los momentos más importantes e inolvidables que ha atravesado la historia del pueblo santiaguero.

Es en su tercera novela, *El derrumbe*, donde Soler con indudable eficacia artística recurre al tópico de la locura con mayor detenimiento. Su gran personaje, su «loca» por excelencia: María Elena. Hay que tener en cuenta que la locura de María Elena se refleja sumamente trágica y a la vez risible, de hecho, al analizar en profundidad se revela un sentido lógico en esta locura.

Esta pobre mujer, marcada por un trauma, compensa con sus alucinaciones las grandes frustraciones de su vida. Inicialmente se obsesiona con la aristocracia y las supuestas visitas del rey de España, que no tienen otro fin que exaltar su origen en una relación fuera del matrimonio. Cuando su esposo corta las relaciones íntimas, María se refugia en sus ficticios amantes

<sup>8</sup> Aida Bahr: «De incesto y locura», en *Valoración crítica de José Soler Puig*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2006, pp. 70-75.

<sup>9</sup> José Soler Puig: *Bertillón 166*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2010, p. 108. El énfasis es de la autora.

norteamericanos: míster Bank, míster Pencil, míster Jaus: «Entonces María Elena tenía la locura puesta en el inglés y los americanos, hubo dos criadas nuevas y la casa estaba cerrada a todas horas».<sup>10</sup> Con el triunfo revolucionario, patéticamente comienza a «actuar», creándose un Comité de Defensa imaginario y constantes movilizaciones para salvar cosechas en peligro o asistir a concentraciones; sin embargo, su actividad militante la efectúa sin salir de su casa y nunca rebasa el marco de una actitud mental.

Resulta interesante al analizar esta locura observar cómo la misma, en su desarrollo, marca la evolución de las formaciones histórico-sociales en correspondencia directa con las etapas de vida de María Elena, o sea, marca momentos y etapas fundamentales de la historiografía cubana: hija de un conde, más tarde esposa de un hombre de negocios y finalmente participante imaginaria en el proceso revolucionario del país.

Existen detalles de la locura de María Elena que llaman la atención y resultan difíciles de aceptar, si tenemos en cuenta que esta mujer ha llevado una vida enajenada y, por tanto, aislada de la realidad desde muy temprano: «La realidad no existe para ella, solo la suya, la de su mundo».<sup>11</sup>

Pocos autores han logrado transformar una tragedia en un hecho risible en pocas páginas, esta locura se torna en ocasiones, con impresionante destreza, en humor. Soler logra, entonces, trasponer la locura desdichada:

- Ahí está, en el patio, sembrando piedras.
- ¿Sembrando piedras?
- Quiere ver si nace una montaña.<sup>12</sup>

Sin lugar a duda es en *El pan dormido* donde es notable todo un elenco de personajes «locos», figuras, digamos más bien, atípicas. Comencemos por Pedro Chiquito:

Pedro Chiquito se quita el pantalón y no usa calzoncillo y el pene es una cosita y los testículos un pedacito. El perro es como un león [...] Pedro Chiquito se corta (el cuchillo le corta la bolsa como si fuera de papel) y no le sale sangre y se ve que a Pedro Chiquito no le duele la herida. Y Pedro Chiquito le enseña el

<sup>10</sup> José Soler Puig: *El derrumbe*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 68.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 182.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 21.

trocito al león y el león se pone a olerlo y el trocito sí está echando sangre y el león quiere coger el trocito y ladra y salta.<sup>13</sup>

Pedro Chiquito es un personaje fascinante que representa la mejor de las tradiciones de la novela picaresca española. Excéntrico hasta el cansancio, con estampa física ruin y desmeдрada: «—Hijo y nieto de cura —dice Tita—. O de cura y monaguillo. Y sobrino de los hermanos. Una combinación del Espíritu Santo. No en balde Pedro Chiquito es tan bicho raro».<sup>14</sup>

Representa lo atípico, al clásico descarriado de las familias, la llamada «oveja negra». Es un aventurero con una historia fantástica que refleja sobre todas las cosas una gran inconformidad. A pesar de su supuesta locura, es de los pocos personajes que cobra conciencia de las verdaderas dificultades sociales del momento; detesta lo convencional y su esencia radica en lo absurdo: «Pedro Chiquito no dice verdades ni mentiras, que dice lo que se le ocurre y para él todo lo que dice son verdades y de nada sirve discutirle».<sup>15</sup>

Según Ricardo Repilado, «Pedro Chiquito y Berta [...] más que complejos son patológicos, pues la vida trivial que llevan no los coloca en coyunturas capaces de desdoblar los pliegues más recónditos de su carácter».<sup>16</sup>

Y ahí tenemos a Berta, una niña convertida en mujer y a la vez aplastada por los cánones de la sociedad: «y cuando va a contarle le dice a Berta que se vaya del cuarto de los varones, que hay cosas que no deben oír las hembras».<sup>17</sup> «Y los periódicos no los suben a la casa, que Berta y Remedios ni saben que existen los periódicos, pero los varones los cogen en cuanto los dejan Felipe y Arturo».<sup>18</sup>

Posiciones sexistas propician en el personaje elementos de demencia que la llevan a hablar «con las palabras de los panaderos y Felipe».<sup>19</sup>

<sup>13</sup> José Soler Puig: *El pan dormido*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 146.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 140.

<sup>16</sup> Ricardo Repilado: «La obra novelística de José Soler Puig», en *Cosecha de dos parcelas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, pp. 202-257.

<sup>17</sup> José Soler Puig: *El pan dormido*, Ediciones Huracán, La Habana, 1977, p. 43.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 175.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 147.

Se decía que: «Mirando a Berta se piensa en un saco de harina parado en la estiba, y cuando Amalio lo va a cargar, en el momento de agarrarlo por las puntas y ponérselo a la espalda, la harina se desparrama».<sup>20</sup>

¿Por qué tenía que decir palabrotas? Esa es la principal interrogante con respecto a su demencia. La explicación la ofrece precisamente Arturo, su padre:

cuando tu hermana se dio cuenta de lo que era ser mujer, se quiso volver loca [...] Tu hermana se imaginaba que en la vida ser hombre y ser mujer era lo mismo. Empezó a darse cuenta de que no era lo mismo cuando tú y Angelito se le reviraron, y ya no pudo con ustedes, y con la regla acabó de ver la diferencia.<sup>21</sup>

He aquí otro personaje víctima de la sociedad, del machismo acérrimo y los cánones sexistas. La frustración se refugia una vez más en la locura, como único medio para enfrentar la cruel realidad. Al final de la novela, ya Berta no vocifera palabras grotescas o indecentes, pues como dice el narrador: «ya se ha conformado».<sup>22</sup>

En la misma novela, se encuentra otro singular personaje, que a pesar de no intervenir directamente, sí lo conocemos gracias a Remedios: «El abuelo Domingo era monaguillo, un comevelas, y no tenía ni dónde caerse muerto, y el cura Felipe le dio dinero para que cargara con Pepilla encinta y se casara con ella».<sup>23</sup>

Remedios nos cuenta que se volvió loco: «Loco de tirarse de cabeza contra las paredes, echando espuma por la boca y con los ojos colorados de rabia».<sup>24</sup>

Y encontramos además matices de humor en la presentación de la locura del abuelo Domingo: «Arturo tiene que hacer los cartuchos y Felipe tiene que hacer los vales y el abuelo tenía que hacerse los chichones... Dos cabezazos por hora, o diez, o veinte; sólo Domingo sabía cuántos».<sup>25</sup>

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 299.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 483.

<sup>22</sup> *Ídem*.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 157.

A simple vista resalta la delgada línea que logra concatenar a cada uno de estos personajes con respecto a las causas que los conducen a actuar de ese modo: la influencia que ejerce el medio. Cada uno de ellos es víctima del medio hostil en que habitan, ya sea el ambiente político, los convencionalismos sociales o los elementos sexistas. La locura se convierte en un escape, la manera más sencilla de sobreponerse y rechazar las normas sociales establecidas. Como si la locura no fuese más que ese «don y divina facultad cuya energía creadora y ordenadora inspira el espíritu del hombre, guía sus actos y adorna su vida».<sup>26</sup>

La dimensión que alcanzan estos cinco personajes solerianos es ínfima comparada con la lograda posteriormente en obras como *El caserón* y *Un mundo de cosas*. En el año del centenario de este emblemático autor, resulta atractivo y relevante a la vez, repasar con mayor detenimiento la recurrencia de la locura en su prosa; nos hemos referido a las novelas iniciales pues en ellas se presenta ya con un nivel significativo, aunque será en las dos novelas siguientes donde Soler reflejará con mayor madurez el fenómeno de la locura.



Ayuntamiento de Santiago de Cuba